

UN NUEVO OCÉANO PARA LOS REYES DE ESPAÑA

Manuel MAESTRO
Presidente del Círculo Letras del Mar

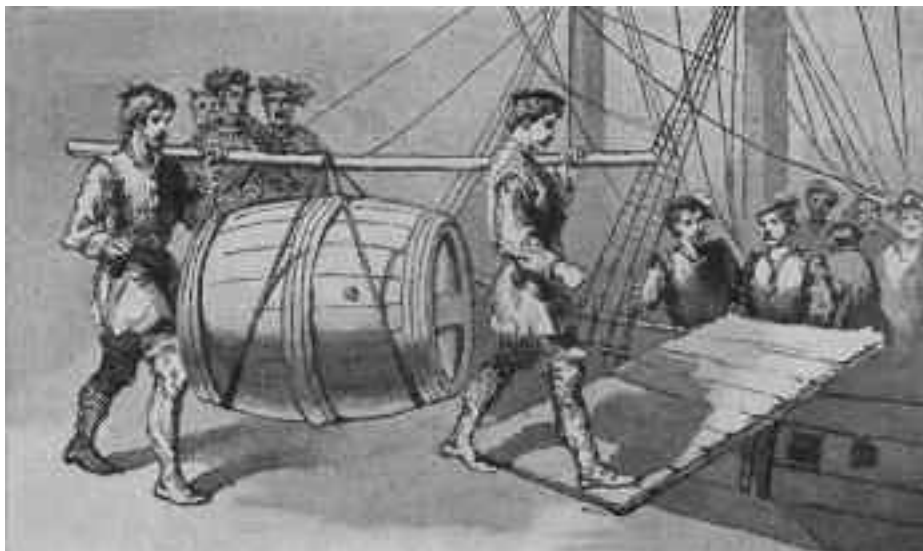
*La mar junta las tierras
que ella misma ha separado*

A. Pope



VASCO Núñez de Balboa era un galán apuesto, de buena estatura y barba rubia: había nacido el año 1475 en Jerez de los Caballeros, provincia de Badajoz. Su padre, Nuño Arias de Balboa, era miembro de una familia hidalga, aunque sin fortuna, por lo que Vasco tuvo que entrar como criado en casa de su paisano Pedro Puertocarrero, señor de Moguer, que lo educó en letras, modales y armas. Al residir en la villa onubense vivió el momento histórico en el que Cristóbal Colón partiría del cercano puerto de Palos en su primer viaje a las Indias, lo que despertó sus deseos de aventura, decidiendo trasladarse a Sevilla para enrolarse con la expedición organizada por el escribano de Triana Rodrigo de Bastidas y el cartógrafo Juan de la Cosa, en la que recorrieron el litoral venezolano, participando en los descubrimientos de la costa colombiana y la atlántica panameña, desde el Darién hasta Puerto Escribano. El mal estado de las naves, como consecuencia de la broma, acabó con la aventura, por lo que debieron enfilarse a la isla Española, en donde naufragaron.

Tras el desastre, durante varios años, Balboa hizo de todo en Santo Domingo: participó en las luchas contra los indígenas con Ovando, se dedicó a la cría del ganado, sedujo a cuanta dama o india se le puso a tiro y perdió hasta la camisa con el juego, convirtiéndose en un deudor rodeado de acreedores por todas las partes, por lo que no podía salir oficialmente de la isla, ya que su destino sería la cárcel. Conocedor de la existencia de la Tierra Firme y de sus riquezas como consecuencia de sus viajes, en 1510 resolvió dar el salto al continente como polizón en una nave del bachiller Enciso que partió hacia el Darién, escondido dentro de un tonel junto con su perro *Leoncico*. Al ser



Balboa entra como polizón en el barco de Enciso.

descubierto desató la ira de Enciso, amenazándole con abandonarle en la próxima isla desierta que encontrasen en su ruta; pero todo quedó en palabras, pues los tripulantes simpatizaron con el polizonte, y la utilidad que podía tener Balboa por su conocimiento de la zona que había explorado años atrás logró calmar al bachiller.

Siguiendo el viaje hacia el continente encontraron una lancha abarrotada de hombres, al mando de Francisco Pizarro, que procedía de San Sebastián de Urabá, colonia cuya gobernación pertenecía a Enciso. Estos les contaron que eran los únicos supervivientes y que su comandante, Ojeda, había salido herido de muerte hacia La Española, ante cuyo relato las gentes del bachiller no quisieron seguir adelante para no exponerse al rigor del clima y a las flechas envenenadas de los indios. Tras comprobar la certeza de lo que Pizarro le había comunicado, Enciso convocó a sus hombres para decidir si regresaban a la isla o si se dirigían a otro lugar, instante en el que Balboa entró nuevamente en escena para recordarles sus anteriores experiencias en aquellas tierras centroamericanas, evocando un lugar del istmo panameño conocido con el nombre de Darién, situado a la orilla de un río rico en oro y habitado por gentes pacíficas, recomendando instalarse en aquel lugar. A lo que todos se mostraron favorables.

Surge un líder

Ese fue el momento en el que surge con fuerza el que habría de liderar el grupo. A partir de entonces ya no mandaría el bachiller; Núñez de Balboa es quien sugirió la creación de un nuevo establecimiento en tierra, y Martín Fernández de Enciso funda oficialmente Santa María de la Antigua, que sería la primera ciudad de la América continental. Ocupaba un lugar inmejorable para iniciar la exploración del territorio hacia el oeste y estaba en la ruta directa de navegación desde España siguiendo los vientos alisios. Vasco está encumbrado por encima de todos; Bastidas y Juan de la Cosa están muertos; a Nicuesa, que pretende mandar sobre las dos gobernaciones, le embarca en una nave desvencijada y nunca más se sabrá de él; y a Enciso, que había empezado a extorsionar a la gente prohibiéndoles comerciar con los indígenas, le encarcela y le envía procesado a Santo Domingo, en donde sigue gobernando Diego Colón, al que no le parece mal que Balboa siga con el mando y al que confirma su capitanía nombrándole gobernador interino, lo que es confirmado por el rey. Queda con él como teniente Francisco Pizarro, pródigo como él en gastar y que, a pesar de ser analfabeto, tenía grandes dotes para el mando y las cosas de la guerra.

Enciso no habría de quedarse cruzado de brazos, y a Santa María de la Antigua llegaron noticias de que el bachiller viajaba para España a dar cuentas al rey de la rebelión de Balboa, quien no era consciente de que había dado un paso hacia la gloria que, a su vez, le llevaría a un trágico final.

Vasco Núñez se convirtió en la máxima autoridad del



El cacique Careta entrega a su hija Anayansi a Balboa.

Darién y, no contento con ello, comenzó a preparar la penetración en el territorio indígena, hasta entonces desconocido para los españoles. Hábil estratega como era, cultivó la relación con los indios amigos para recabar información sobre su modo de vida y costumbres, descendiendo a sus ritos y reuniones; ampliando territorios y buscando oro para contrarrestar la que se le venía encima, con las acusaciones que haría Enciso al llegar a la Corte. También tuvo que aplacar revueltas de españoles que desafiaban su autoridad, y con sus dotes diplomáticas y conciliadoras logró respeto y temor ante todos, consiguiendo que sus soldados se habituaran a un territorio en el que las lluvias torrenciales y el calor sofocante hacían la vida muy difícil.

En base a las informaciones recibidas por dos naufragos del barco en el que había partido Nicuesa, que regresaron a Santa María contando maravillas sobre las riquezas de oro que habían detectado, partió hacia unas tierras que, como la mayoría, se reconocían con el mismo nombre del cacique que las gobernaba, en este caso Careta, adonde arribó en mayo de 1511, tras navegar veinte leguas de distancia hacia el poniente de la Antigua, en un momento en el que los indios estaban celebrando una fiesta. Balboa, tras los saludos de rigor, se entrevistó con el sorprendido cacique Careta para pedirle alimentos, y ante su resistencia a entregárselos decidió apresarle. Para ello, primero abandonó el poblado al aceptar las explicaciones del cacique, para regresar de inmediato escondidos en las sombras de la noche y saquear la población, obteniendo por la fuerza lo que no había logrado de buen grado. Ante esta situación el cacique cedió y entregó lo solicitado más cierta cantidad de oro y esclavos; y atendiendo a que el capitán había puesto su mirada sobre una de sus hijas, se la entregó como prenda máxima de una amistad nacida del reconocimiento de la superioridad del hombre blanco, poniendo como condición que le ayudara en su guerra contra Ponca, un jefe nativo rival. Núñez de Balboa cumplió lo pactado y los atacó, venciénolos; y, a la vista del resultado, Careta pidió que se hiciera lo mismo con otro enemigo suyo, el cacique Comogre, que al contrario que los anteriores recibió bien a los españoles.

La noche de la llegada le obsequió con un magnífico banquete. Los indios por lo general vivían sobriamente, pero siempre estaban dispuestos a celebrar una fiesta; y al encontrarse con otros seres, que ellos confundían con divinidades, se les presentaba una gran ocasión. Para los españoles, que estaban exhaustos y hambrientos, la cena fue memorable, gracias a la doble intención del anfitrión de deslumbrarles y hacerse ganar su respeto. Vasco supo mantener la compostura y sacar provecho de la ocasión, lo que le supuso el regalo de cuatro mil onzas de oro y setenta esclavos.

Durante el banquete, Panquiaco, hijo del cacique y joven sabio, estuvo observando pensativo a los huéspedes de su padre. Avanzada la cena surgió entre los paisanos una acalorada discusión sobre el reparto del oro recibido, pues era costumbre pesarlo y dividirlo de forma inmediata, separando la quinta parte que debía enviarse al rey. A pesar del cuidado y desprendimiento

puestos por Núñez de Balboa, comenzó entre los castellanos una pelea con los puños, que a punto estuvo de acabar con las espadas, ante lo que el capitán tuvo que empeñar toda su energía, saliendo en su ayuda Panquiaco, que se arrojó como un rayo entre los combatientes, separándoles con sus brazos vigorosos, mientras que pronunciaba unas palabras que les conminaban a cesar en una pelea por algo que él consideraba «un miserable pedazo de oro» del que podían encontrar en abundancia y satisfacer la avaricia en una región al otro lado de las montañas a seis días de camino, frente a un vasto mar, en donde vivía un pueblo muy rico que comía y bebía en vasijas de este metal. Prometió acompañarles si decidían emprender el viaje, ya que el camino era peligroso.

En busca de un nuevo mar

Una vez de regreso, no consideró de momento factible la expedición en busca del nuevo océano: había llovido mucho y un fuerte huracán azotó con violencia la población, convirtiéndola en una ciénaga plagada de mosquitos. Su amigo Valdivia había traído de La Española su nombramiento de capitán de sus altezas y gobernador interino de Tierra Firme, que sin duda se había cruzado en el viaje con las acusaciones de Enciso. Balboa mandó a Valdivia regresar a Santo Domingo para informar a Diego Colón de las revelaciones obtenidas sobre la Mar del Sur y la solicitud de un refuerzo de entre quinientos y mil hombres, armas y vituallas imprescindibles para llegar al mar desconocido, pero la expedición nunca llegó a La Española.

Anayansi, que era la hija que el cacique Careta había entregado a Vasco Núñez en prueba de amistad, fue convirtiéndose en una bella mezcla entre princesa indígena y dama castellana. Tenía la pareja Balboa-Anayansi un fiel guardián en *Leoncico*, el perro que había llegado a Tierra Firme acompañando al capitán como cómplice polizone que le seguiría en todas sus aventuras, encabezando la jauría de sabuesos que tan pronto facilitaban la caza de venados, como espantaban a las fieras, reptiles y, sobre todo, a los indios.

En el contexto de su vida íntima, Anayansi le hablaba a Balboa de historias y costumbres de los suyos, y un día lo hizo sobre la existencia de un fabuloso templo en la región de Dabaibe, en donde la leyenda decía que los hombres cogían pepitas de oro del tamaño de las naranjas; cuyo trasfondo creyó firmemente el adelantado, a tal punto que, el 20 de enero de 1513, redactó una carta dirigida al rey en la que le daba traslado de aquella información, comprometiéndose a conseguir el oro y a tomar posesión en nombre del soberano del mar del que le habían hablado los indígenas, para lo que le pedía, con todo detalle, los medios precisos: hombres, bastimentos, armas, embarcaciones; advirtiéndole que eran necesarios debido a que habían de penetrar en tierras muy pobladas de malas gentes.



Los perros fueron grandes auxiliares en las peleas con los indios.

Pero con el primer barco que vino de España llegaron malas noticias. El bachiller Enciso había presentado ante la justicia una querrela contra Balboa, logrando que se le condenase a pagar una importante indemnización. Y la carta de 20 de enero no había llegado a la Corte.

Núñez de Balboa entendió que estaba perdido: se le había juzgado antes de que llegasen sus noticias sobre el oro y el Mar del Sur. Nada podía esperar del soberano, sino que mandase hacer rodar su cabeza por el suelo del cadalso, salvo que emprendiese la expedición con los medios de los que disponía. Y tomó la decisión de seguir adelante, pues era preferible morir con honra combatiendo con un enemigo poderoso o contra una naturaleza inexpugnable que a manos del verdugo. Así, el 1 de septiembre de 1513, emprendió la marcha que hizo inmortal a un héroe aventurero y rebelde. Partieron ciento noventa hombres. Los soldados, armados de lanzas, arcabuces y ballestas, llevando una jauría de los temidos sabuesos, entre los que destacaba *Leoncico*, y acompañados de varios indios que actuaban de guías y acarreadores, quedando el resto en Santa María de la Antigua.



Ruta seguida por Balboa desde el Atlántico hasta el Pacífico.

De forma ordenada embarcaron en una pequeña flota, compuesta por un bergantín y nueve canoas, con la que costearon el Darién, navegando con el viento en contra, hasta llegar a Careta, en donde el cacique y medio suegro del capitán les recibió con cordialidad, garantizándole a Balboa la retaguardia en caso de cualquier adversidad. Allí se quedó la mitad de la tropa, unos cuantos marineros, al cuidado de las embarcaciones y de Anayansi.

El resto de la expedición, a la que acompañaban dos sacerdotes y un grupo de porteadores indígenas, partió el 6 de septiembre en busca del océano desconocido. Al mando de Balboa, formaban el contingente soldados, algunos con su coraza de acero, cascos y botas, y otros más despreocupados vestidos con camisas de algodón, calzones ligeros y alpargatas; los sacerdotes caminaban con las sotanas recogidas a la cintura, dejando ver sus calzones; y terminaba la comitiva con una larga fila de porteadores indios transportando armas, pólvora, alimentos y objetos de poco valor para comerciar con los indígenas que encontrarán en la ruta.

Durante veinte días hubieron de luchar contra una naturaleza adversa y un clima insoportable: abriéndose paso con hachas y cuchillos entre una maraña de lianas; vadeando ríos en los que los atacaban los caimanes; escalando

montañas cuyas pendientes parecía que no tuvieran fin; y por las noches, cuando llegaban exhaustos al final de la jornada, el aullar de los animales y el canto de los pájaros les traían malos presagios. Siempre marchaban acompañados de un calor húmedo agotador y de lluvias que convertían en ciénagas los caminos que atravesaban sudorosos y sedientos. Llegó un momento en que no tenían bocado que echarse a la boca, y debieron comer raíces y la carne de las serpientes, que les repugnaban, aunque también aprendieron a tomar alimentos que resultaron excelentes a pesar de su aspecto, como la carne de iguana. Al hambre debían sumar la tortura que representaban las picaduras de los insectos y las llagas en los pies.

En el transcurso de las veinte jornadas de camino que hubieron de hacer hasta alcanzar el deseado destino, llegaron al territorio del cacique Ponca al que anteriormente habían atacado y había huido; pero Balboa, que ahora no venía en son de guerra sino que quería dejar por el camino amigos que le guardaran las espaldas, procuró su vuelta y consiguió su amistad con sus dotes diplomáticas y una gran paciencia, conocedor de que para los indios el tiempo tenía poco valor y que mucha de su hostilidad era consecuencia del miedo. Logró además, algo más importante, que el cacique le confiase los secretos de sus tierras, trazándole la dirección que debía seguir e indicándole el pico de una montaña desde la que podía divisar el mar que buscaba, disponiendo que le acompañasen guías para no equivocar la ruta a seguir. Vasco le había recibido como un rey lo hace con un vasallo ilustre, entregándole como regalo abalorios de cristal, a los que Ponca correspondió con varias piezas de oro labrado. Pero al cacique no le movía solo el altruismo: una vez más se vieron envueltos en una lucha ajena, ya que Torecha, el señor de Quareca, era enemigo suyo.

La distancia hasta Quareca era de solo unas diez leguas que cubrieron en cinco días a razón de dos leguas por jornada, con lo que dejaron la selva atrás, momento en el que el padre Vera inició el rezo de un padrenuestro. Al iniciarse la oración, Balboa había ordenado acampar en estas primeras tierras que encontraron limpias de maleza, en donde pasarían la noche. Remprendida la marcha, en la última jornada debieron remontar la ladera de la colina sobre la que se asentaba la aldea de Torecha, en donde la estancia fue breve, pues el cacique se mostró hostil a la llegada, atacándoles con una fuerza de unos seiscientos guerreros. Balboa, de acuerdo con su teniente Pizarro, había ordenado la carga, en la que Torecha y muchos de sus hombres resultaron muertos, ocupando el poblado. Una vez dentro del mismo comprobó que varios notables quarecas practicaban el homosexualismo y no dudó un momento, al tener noticia de aquel pecado considerado nefando, en ordenar echarles los perros que los despedazaron en un abrir y cerrar de ojos.

Una jornada gloriosa

A la jornada siguiente, 24 de septiembre, tuvo noticia fidedigna de que desde la montaña que se levantaba ante los españoles podía divisarse el agua salada. Era la última barrera que tenía para llegar al Mar del Sur, hacia donde se dirigían solo sesenta y siete expedicionarios, pues el resto, un grupo de enfermos y extenuados, quedó esperando. Vasco Núñez de Balboa era consciente de que al otro lado del cerro viviría una jornada gloriosa. Muy temprano, apenas despuntó el primer rayo de sol, dio la orden de marcha y se reinició la ascensión, encabezando la misma



Vasco Núñez de Balboa toma posesión del Mar del Sur.

un grupo de indígenas que hacían de guías. Hacia las diez de la mañana, cuando ya prácticamente se encontraban en la cumbre, uno de estos hizo una señal indicando que habían llegado, y Balboa mandó hacer alto, continuando la subida en solitario. Al llegar a la cumbre hincó ambas rodillas en tierra, doblando la cabeza sobre el pecho en señal de recogimiento, y después mandó que se acercase el resto, que también de rodillas pudo ver un mar inmenso, cuyas aguas eran como un espejo en el que el sol rebotaba hacia los árboles que rodeaban la bahía formando un gran telón de terciopelo verde.

Hombres endurecidos en los rigores del mar y la batalla no pudieron reprimir las lágrimas, mientras abrazaban a su capitán, que indicó al padre Vera entonase un *Te Deum Laudamos*. Vasco Núñez de Balboa, emocionado, anunció voz en alto que tomaba posesión de aquellas tierras bañadas por el Mar del Sur en nombre de los reyes Fernando y Juana, y un grupo de soldados cortó un árbol para construir una cruz que plantaron en todo lo alto de la montaña. El escribano real, Andrés de Valderrábano, levantó un acta en los siguientes términos: «Los caballeros y hidalgos y hombres de bien que se hallaron en el descubrimiento de la mar del Sur con el magnífico y muy noble señor capitán Vasco Núñez de Balboa, gobernador por sus altezas en la Tierra-Firme, son los siguientes: Primeramente el señor Vasco Núñez, y él fue el primero de todos que vio aquella mar y la enseñó á los infrascriptos Andrés de Vera, clérigo; Francisco Pizarro, Diego Albitez, etc Andrés de Valderrábano, escribano



Vasco Núñez de Balboa.

de sus altezas en la su corte y en todos sus reinos é señoríos, que estuve presente é doy fe de ello; y digo que son por todos sesenta y siete hombres estos primeros cristianos que vieron la mar del Sur, con los cuales yo me hallé é cuento por uno de ellos. Y soy de San Martín de Valdeiglesias».

Finalizado el almuerzo, los sesenta y siete «inmortales» descendieron a una aldea próxima a las playas del golfo cercano, con la grata sorpresa de que sus habitantes habían huido y sus chozas constituyeron un excelente lugar de acampada, en donde pudieron descansar y preparar la solemne toma de posesión. Entretanto, una avanzadilla, que había explorado la playa a la que habían de llegar, regresó informando de que el camino estaba libre de peligros, por lo

que reiniciaron la marcha, haciéndolo un grupo de veintisiete elegidos, y una serie de portadores indios. Al frente de todos iba Balboa portando un estandarte en el que figuraban las armas de Castilla y León, coronadas por una imagen de la Virgen con el niño en brazos.

Cuando pisaron la arena de la playa era la media mañana del 29 de septiembre de 1513, festividad de San Miguel, razón por la que el lugar se bautizó con el nombre del santo del día. Había una gran bajamar, lo que no era normal en la otra mar de donde procedían, así que Vasco Núñez de Balboa esperó paciente a que la marea subiese, momento en el que comenzó a penetrar en el océano con grandes zancadas, hasta que sus aguas le llegaron a la rodilla. Portaba el escudo bajo el brazo, y sostenía con fuerza la espada en su mano izquierda y el pendón de la Virgen y Castilla en la derecha. Aguantó el envite de las olas y comenzó a declarar con gran naturalidad y toda la fuerza que le permitía su garganta: «¡Que vivan los muy altos y poderosos monarcas don Fernando y doña Juana de Castilla, de León y de Aragón, en cuyo nombre y por la Corona Real de Castilla tomo y aprehendo la posesión real y corporal permanente de todos estos mares y tierras y costas y puertos e islas. Y si algún

otro príncipe o capitán, cristiano o infiel o del cualquier ley o secta o condición pretende algún derecho a estas tierras y mares, yo estoy presto y aparejado a contradecirle o defender en nombre de los reyes de Castilla presentes o por venir, cuyo es este imperio y señorío de aquellas Indias, islas y tierra firme. Ahora y en todo tiempo en tanto que el mundo dure hasta el universal final juicio de los mortales!».

Y al finalizar su arenga, a modo de juramento, formuló una serie de preguntas a su tropa acerca de si reconocían el dominio de sus reyes sobre cualquier parte de las Indias descubierta o por descubrir, y si estarían dispuestos a defenderlos espada en mano. Una gran aclamación rubricó las palabras de Balboa, a la que siguió la bendición de las aguas por el padre Vera, que todos se acercaron a probar para verificar si eran saladas como las de los otros mares y, viendo que era así, dieron gracias a Dios. De todo esto dio fe Andrés de Valderrábano en su calidad de escribano real en los siguientes términos: «El capitán Vasco Núñez de Balboa, Andrés de Vera, clérigo; Francisco Pizarro etc. Estos veintiséis y el escribano Andrés de Valderrábano fueron los primeros cristianos que pusieron los pies en la mar del Sur, y con sus manos todos ellos probaron el agua y la metieron en sus bocas como cosa nueva, y para ver si era salada como la del mar del Norte; y considerando y teniendo respeto adonde estaban, dieron infinitas gracias á Dios por ello».

La caída fulminante del sol en el trópico puso punto final a la gloriosa jornada. Pizarro, el padre Vera y Valderrábano se reunieron con Balboa, que permanecía sentado meditabundo, como si presagiase las horas amargas que le esperaban tras los momentos memorables que acababa de vivir, en los que había ganado un nuevo océano para los reyes de España, que sería conocido durante siglos como «El lago español».

